

Lo que pasó es que, después de una racha muy complicada para mí, y cuya narración te ahorro, y con la certeza de que la Ciudad de México y yo ya no éramos compatibles, me fui a Nayarit a pasar la pandemia. Ahí compartí vida y casa durante nueve meses con una amiga inglesa que conocía desde hace años, pero que solo hasta entonces se convirtió en mi cómplice y compañera. Se llama Lucy. Nos casamos en la playa de San Pancho, en Nayarit, y nos mudamos aquí, a Mousehole, en el sur profundo de Inglaterra, donde tenemos una minúscula y antigua casa de granito a la que se le filtra la humedad por todos lados. El paisaje es tan hermoso como dramático, y nos las arreglamos con diversos trabajos que nos permiten llevar una vida muy sencilla y muy diferente a la que llevaba antes. ¡Vivo en un pueblo de pescadores de 236 habitantes! Extraño a mis hijos, ya muy adultos, y voy tan seguido como puedo a México. He escrito mucho, y vienen libros en camino. Entre otros trabajos (he sido pescador, leñador y barman), me he reinventado como traductor para Penguin Random House, pero siempre estoy en busca de algo más, sobre todo cuestiones editoriales y literarias. Hoy hace un frío que muerde, pero llueve, así que todo bien.

Fuera de la referencia a “la racha complicada”, nada me hacía pensar que no estaba todo bien, o que el mar para ti fuese otra cosa que un motivo de suscitación poética, un oleaje de inspiración que recomienza siempre. Por eso, además de invitarte a volver al barco (a publicar en *Letras Libres*), regresé a nuestros temas marinos. Te hablé del poema “The bells of San Blas”, el último que escribió Longfellow antes de morir, y que revela la nostalgia de un mundo de gloria irremediablemente perdido. Por arte de magia, o arte poética, me mandaste una foto que habías tomado del original de ese poema en algún pequeño museo de San Blas.

Días después recibí una imagen de tu sala sin muebles y un atardecer desde tu casa en Cornwall. “Mira, almirante, el mar, el mero mar.” Las ruinas de una fortificación normanda, un acantilado, un faro derruido. ¿Eso era Mousehole? ¿No te inquietaba el feo nombre? En vez de ver la desolación, de sentir “el frío que cala”, engañado por ti o por mí, preferí seguir con los juegos musicales. “In that case, *Sea pictures*, de Elgar.” ¿Las conoces? “No, almirante.” Las cinco canciones sublimes hablan de las tempestades, pero una de ellas, titulada “In haven”, escrita por Caroline Alice, la mujer de Elgar, es un canto de redención:

Closely let me hold thy hand,
Storms are sweeping sea and land;
Love alone will stand.

Closely cling, for waves beat fast,
Foam-flakes cloud the hurrying blast;
Love alone will last.

Kiss my lips, and softly say:
“Joy, sea-swept, may fade to-day;
Love alone will stay.”

Pensando en Lucy, tu esposa, y en la criatura que (según supe) habían concebido, pensé que te gustarían. “Escuchando ahora”, respondiste entusiasmado, copiando la carátula de la grabación en Spotify. “Only love will last, capitán.” “Brindo por ello, almirante.”

¿Cómo imaginar siquiera que esas frases brevísimas escondían un designio oscuro ligado “al mar, al mero mar”? La engañosa ligereza de nuestra charla siguió cuando declaramos nuestro amor por la *Quinta sinfonía* de Sibelius (compartido por Álvaro Mutis). “Me conmueve hasta las lágrimas”, dijiste. “¿Conoces *El bardo*?” No conocía ese poema sinfónico. Era un anuncio más.

Lo escucho ahora. El arpa es una voz serena, elegíaca pero también insistente, un lamento, un ruego. De pronto, la irrupción de las violas, los vientos y percusiones, como nubes inquietantes, angustiosas, ahogan la paz del inicio. Una hondísima tristeza rodea la vuelta del arpa. Ya no es una plegaria. ¿Era un adiós cifrado, capitán? ¿Por qué? ¿Para qué? *Love, sea-swept, had fade away?* ~

ENRIQUE KRAUZE es historiador, ensayista y editor, director de *Letras Libres* y de la editorial Clío. Su libro más reciente es *Spinoza en el Parque México* (Tusquets, 2022).

Julio Trujillo: Plenitud y extrañeza

por Jorge Ortega

La noticia de la inesperada muerte de Julio Trujillo (1969-2025) en el litoral de Cornwall, suroeste de Inglaterra, antes de cumplirse la primera quincena del año, cundió por los medios informativos y las redes sociales de México y el ciberespacio hispanoamericano. Además de espléndido poeta, Julio fue un editor generoso y experimentado que se relacionó con autores castellanoparlantes de ambas orillas del Atlántico y que, de algún modo, a través de una ininterrumpida labor de observación, orientación y difusión, contribuyó a hacer de su respectiva obra una obra mejor. Lo constata su tránsito por la mesa de redacción de la *Revista de la Universidad de México*, *El Huevo*, *Newsweek en Español*, *Revista Mexicana de Cultura* y *Letras Libres* —en su versión mexicana e ibérica—, así como por la Dirección General de Publicaciones del extinto Conaculta, hoy Secretaría de Cultura, y la firma Alfabuara de la multinacional Penguin Random House.

Sin embargo, casi la totalidad de las reacciones en redes y de los testimonios recogidos en los medios en



Fotografía tomada por Julio Trujillo

declaraciones o columnas de opinión en memoria de Julio procedían de autores y lectores de una generación ya madura, y no precisamente de las promociones más recientes, lo que permite ubicarlo en el tiempo, divisan-do las condiciones de su irrupción en el campo de acción de la poesía mexicana, alrededor del convulso 1994, y de su ascenso y privilegiada visibilidad en la escena literaria de una época de inusitada expectación apurada por el fin de siglo y la transición hacia el tercer milenio. Periodo fecundo aquel, espoleado por la aparición y renovación de suplementos y publicaciones periódicas impresas que daban cuenta de una efervescencia del reseñismo y el articulismo, el periodismo cultural en su conjunto. Había fallecido Octavio Paz en 1998 y el vacío provisional de su ausencia incitó una recomposición de inclinaciones y retóricas, aunque más en lo estético que en lo ideológico. En ese crisol de perspectivas y oportunidades, de apuestas y reafirmaciones en lo individual y colectivo, emergió y prosperó el talento de Julio Trujillo.

Si mal no recuerdo, conocí a Julio por ahí de 2000 o 2001, en una franquicia de comida japonesa de la Ciudad de México a la que concurrí junto con otros poetas de mi edad que andábamos en los veintipico o entrando a la treintena. Nos vimos después en 2002 y 2003, en los encuentros de becarios del programa de Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la especialidad de poesía, bajo la tutoría cómplice de Antonio Deltoro y Eduardo Hurtado. Cuernavaca, Puebla, San Miguel de Allende. Trabajamos una buena amistad en torno a ciertas afinidades disímiles: la lírica aurisecular, el *new wave* —por mera nostalgia ochentera—, la natación, los Dodgers de 1981 a los que el brazo izquierdo de Fernando Valenzuela y la táctica de Tommy Lasorda condujeron a conquistar con superioridad épica la Serie Mundial. Me sorprendió la flexibilidad de

su gusto y la versatilidad de su acervo de intereses: literatura, música *pop rock*, deportes, algo de lo que yo suponía que, por indiferencia o prejuicio, se rehusaban a conversar los poetas.

Su trato fue siempre afable y entusiasta a la vez que sereno, como quien se emociona con una risotada igual que un niño grande con las pequeñas complacencias de la vida y luego se limita a sonreír, guarecido en la distancia de su elevada estatura, desde el palco de una indecisa calma, presunto sabedor del resorte que las mueve. Por altura y edad, Julio Trujillo era para nosotros, mi generación, la de los nacidos en la década de 1970, algo parecido a un hermano mayor. Su amplio y variado compás de vínculos, forjado gracias a su labor de editor curtido prematuramente en el arte y el oficio de las galeradas, lo convirtieron muy pronto en una figura puente entre los entonces novicios poetas y los poetas nacidos en los decenios de 1920 a 1960, muchos de los cuales habían sido editados por el mismo Julio en revistas y colecciones de poesía: Álvaro Mutis, Tomás Segovia, Eduardo Lizalde, José Emilio Pacheco, Elsa Cross, David Huerta, Coral Bracho, Tedi López Mills.

Lo primero a destacar de la poesía de Julio Trujillo es el sentido lúdico que subyace a lo largo de su trayecto evolutivo y justo donde recae el contrapunto de una formalidad regida por la hegemonía de los metros cultos del idioma, en concreto endecasílabo y heptasílabo, agentes de la denominada silva —estrofa de las majestuosas *Soledades* gongorinas— en la que suele fluctuar la cadencia versal de Julio, desde su libro inicial *Una sangre* (1998), merecedor del Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino, hasta *Bipolar* (2008), pasando por *Proa* (2000), *El perro de Koudelka* (2003) y *Sobrenoché* (2005), que exhiben la diestra aplicación de esa sinuosa combinación rítmica. La jocosidad de no pocos poemas suyos revela, pues, la conciencia de un manejo práctico de la versificación tradicional. Enterado de tamaña alianza en la historia de la

poesía de nuestra lengua, para él una cualidad no excluía la otra, sino al contrario, su interacción apuntaba hacia el ideal de contraste al que debe aspirar toda poética.

Más tarde, a partir de las piezas en prosa de *Pitecántropo* (2009) y de las partituras breves de *La burbuja* (2013), la predisposición juguetona a la que aludí arriba tendrá su origen tanto en la convergencia de una refinada ironía y el humor festivo como en la sugestiva afluencia de aliteraciones y asonancias que vendrán a enriquecer con creces la doble lectura de la palabra o de la frase poética, dejando entrever la decantación de un estilo marcado por la asimilación de la torsión verbal del Vallejo de *Trilce* y el ingenio de la jitanjáfora vanguardista, pero también por la antipoesía de un Nicanor Parra o un Oliverio Girondo, dioses tutelares de Julio, a un lado de Lezama Lima entero y el Paz de “Trabajos del poeta”, apartado de *¿Águila o sol?* Habrá que añadir a estos revulsivos la distribución gráfica del texto, que en ocasiones se desarticula o adelgaza para intentar captar fielmente el carácter efímero de la materia vital de la que abreva el poema. Viaje, aventura citadina, noche de diversión, serendipia.

Hay en Julio Trujillo una suerte de minimalismo doméstico en el que descansa la resolución anticlimática de su poesía. El ocio, la cotidianidad y los afectos filiales, reducidos a su más simple nominación, adquieren una perturbadora transparencia encaminada a desmitificar el supuesto misterio del género. Julio sabotea lo predecible del poema y halla la vuelta de tuerca en la fijeza de la sencillez, la sorpresa risible. Esta actitud lo emparenta con la tradición lírica anglosajona, en particular la poesía norteamericana moderna, por el apego a la naturalidad de los temas consuetudinarios abordados con una diafanidad tendiente a recuperar la inocencia en la verdad objetiva de las cosas: su existencia y funcionalidad. A manera de unas odas nerudianas, he ahí los poemas a una lámpara, el teléfono, la podadora, el vaso de jaibol, la fuente, una cuchara, el calcetín, una mesa de Ikea, la microlita, los discos. William Carlos Williams, Elizabeth Bishop, Robert Lowell y Mark Strand –de quien tradujo *Almost invisible* para el sello Visor– lo acompañan en su luminosa exploración de la costumbre. Mas no por ello renunció Julio a cavar en el lenguaje, abocado a la pesquisa y al desenfadado uso del esdrújulo imprescindible y de un adjetivo tan detallado como estrambótico.

Volví a frecuentar a Julio en España como editor en jefe de *Letras Libres* en Madrid y yo como estudiante de doctorado en Barcelona. Compartimos micrófono en recitales de ambos lugares, el Carmen de la Victoria, al pie de la Alhambra granadina, Cartagena y Sant Joan de les Abadesses, en la Cataluña profunda, rodando en un delirante autobús colmado de escritores. Reseñé *Bipolar* para *Quimera* y *Crítica*. Coincidíamos después en la FIL de Guadalajara y hacía rato que interactuábamos en redes

sociales. *El acelerador de partículas* (2017) y *Jueves* (2020) marcan un cambio de rumbo. Julio reorienta su voz hacia un decir más esencial, depurado por su renuncia a la babel de la metrópoli, el mundanal ruido. Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Nunca había parado. La purga sensorial y la gracia de la catarsis lo llevan a mudar de latitud en el atlas de la poesía y de la vida. Complementa la metamorfosis con fotos del paisaje costero, faros y piedras en equilibrio que cuelga de Instagram, indicios de un hombre nuevo que comulga con plenitud y extrañeza, sosiego y asombro, de la naturaleza, el hábitat marino, en Nayarit y su destino final, Mousehole. Se encamina a la luz, va tras el incandescente reflejo del día en la plancha del agua salada, espejo del mar céltico que prometía concederle una paz duradera y definitiva.

¿Hacia dónde iba la poesía de Julio Trujillo? Ha dejado dos títulos inéditos, *Todavía* y *Detrás de la ciudad y antes del cielo*, flamante Premio Internacional de Poesía Margarita Hierro. Más allá de la sublimación física, Julio seguirá hablando y dando de qué hablar. ~

JORGE ORTEGA (Mexicali, 1972) es poeta y ensayista. Su más reciente libro de poesía es *Hotel del Universo* (Mantis Editores, 2023), que obtuvo en 2022 el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen.

Julio

por **Jesús Silva-Herzog Márquez**

“Vámonos ya de aquí, franca es la puerta.” Dos líneas de un poema de Julio Trujillo que hoy golpean como nunca:

anda,
echa a andar de sabueso la nariz,
de ciego el tacto,
avienta hacia delante la primera
y azarosa pierna
no pienses en llenar
de adiós la boca
te espera el aire del desplazamiento
vámonos ya
a colmar el espacio en que no estamos.

Julio quiso leer todos los días en su brazo lo mismo que Montaigne veía en la viga de su torre cuando se sentaba a escribir. Por eso se tatuó las palabras de Sexto Empírico: “sigo estudiando”. Así lo imagino en sus últimos minutos, al entrar al espacio en el que ya no somos. Contemplando la luz mojada, esa que, como decía en otro poema, “es siempre la más fina”, hundiéndose en el silencio, sorbiendo mar.